

— Devolvedme esas cartas, caballero, os lo suplico por Dios...

— Ya no creo mas en él...

— Por el amor que me teneis...

— Está apagado.

— Por lo que mas ameis en este mundo...

— Ya no amo nada.

— Pues bien, haced lo que gustéis de esas cartas, me dijo levantándose, pero no accederé jamás á lo que de mí exigís. Y se lanzó fuera de la habitación.

— Teneis de término hasta mañana á las diez, señora, la grité desde la puerta, cinco minutos mas tarde ya no sera tiempo.

Al otro dia á las nueve y media entró Carolina en mi cuarto y se acercó á mi cama.

— Vedme aquí, me dijo.

— ¿Y bien?

— Haced de mí todo lo que querais.

Un cuarto de hora despues me levanté, fui á la cómoda, saqué á la ventura una carta del cajon en que estaban todas y se la presenté.

— ¡Cómo! me dijo palideciendo ¡una sola!

— Las otras os serán entregadas del mismo modo; cuando las querais, señora, podeis venir á recogerlas...

— ¿Y volvió? exclamé yo interrumpiendo al monje.

— Dos dias seguidos.

— ¿Y al tercero?

— La encontraron asfixiada con Manuel.

AVENTICUM.

A la mañana siguiente al amanecer fuimos a visitar la capilla de San Bruno : hállase situada á una media legua encima de la Cartuja sobre la punta de una escarpada roca : nada ofrece de notable mas que lo pintoresco de los sitios y lo atrevido de su situacion. En lo interior unas detestables pinturas al fresco representan seis generales de la orden, y en lo exterior, encima de la puerta hay grabada esta inscripcion, cuya última frase no me ha parecido muy inteligible : la copio aquí tal como está.

SACELLUM
SANCTI BRUNONIS.
IS EST LOCUS IN QUO
GRATIANAPOLITANUS EPISCOPUS
VIDIT DEUM
SIBI DIGNUM CONSTRUENTEM
HABI ACULUM.

Bajando de la capilla entramos en una grutita

donde corren dos manantiales, cerca el uno del otro. El uno es de agua casi tibia, el otro está helado.

El camino por el que volvimos presenta un carácter grandioso y salvaje : me paré para admirar uno de aquellos puntos y hacer notar á mi compañero de viaje cuán bien dispuestos parecían aquellos parajes por la naturaleza para que un pintor hiciese sin cambiar nada en ellos un precioso paisaje : mi guía se echó á reír.

Como no habia nada extravagante en lo que decia, y ni tampoco era á él á quien yo dirigia la palabra, me volví para preguntarle la causa de su hilaridad.

— ¡ Ah ! me dijo, es que vuestra reflexion me hace recordar una graciosa aventura.

— ¿ Que ha sucedido aquí ?

— En este mismo punto.

— ¿ Se puede saber ?

— Ciertamente no hay misterio ninguno : ha sucedido á un paisajista de Grenoble que habia venido aquí á hacer pinturas ; mozo de talento á fe mia : habia encontrado este punto de su gusto, habia establecido aquí su pequeña barraca : era cosa graciosa por demás : figuraos una tienda cerrada, con una abertura únicamente por arriba. Establecia un mecanismo que tapaba el agujero, de modo que la luz entraba por espejos tanto que yo no sé cómo lo hacia ; pero todo el pais á quinientos pasos al rededor se reflejaba solo y en pequeño sobre su papel : llamaba á eso una cámara, una cámara....

— ¿ Oscura ?

— Eso es : en efecto una vez dentro de la barra-

ca, no se veía mas ni cielo ni tierra, no se distinguia mas que el paisaje representado^a al natural sobre el papel, con los árboles, las piedras, la cascada, en fin todo, tan bien que cuando no hacia aire yo hubiera podido dibujar los árboles tan bien como él. Héte aquí pues que un dia que estaba en su máquina dibujando con ardor, ve en un rincon de su paisaje una cosa que se movia : bueno, dijo, esto animará el cuadro. Entonces como queria dibujar la cosa que se movia, héte aquí que mira, y despues que se refriega los ojos ¿ sabeis qué era lo que se movia en un rincon del paisaje ?

— No.

— Pues bien, era un oso, no mas grande que una nuez, es verdad, porque el diablo del espejo lo achica todo, pero de una hermosa estatura visto por fuera : el oso se dirigia hácia su lado y crecia sobre el papel á medida que se adelantaba hácia él. Ya era grande como un huevo : á fe mia que tuvo miedo, tiró el papel, paleta y pinceles, y encomendándose á las piernas llegó á la Cartuja medio muerto. Desde aquella época ha vuelto muchas veces, pero jamás ha podido reducirse á alejarse mas de quinientos pasos de los edificios, y entonces antes de comenzar mira y remira en todos los rincones de su paisaje para ver si hay algun cuadrúpedo.

Prometí dar parte de la aventura á mis camaradas de taller : en efecto no dejé de hacerlo á mi vuelta y la anécdota alcanzó gran boga.

Bien pronto volvimos á pasar cerca de la gran Cartuja : nada quise ver durante el dia de aquel interior que tanta impresion me habia causado durante la noche, y sin detenernos bajamos hasta San Lorenzo del Puente, donde encontramos nuestro

carruaje : aquella misma noche nos hallábamos en Aix y á la mañana siguiente sobre el camino de Ginebra.

Mientras se comia en Anneci, corrí á la iglesia de la Visitacion, en la que están depositadas las reliquias de san Francisco de Sales : esperando á que abriesen la verja del coro examiné á cada uno de sus lados dos bustos pequeños, el uno de san Francisco, el otro de santa Chantal, cuyos pedestales huecos y cerrados con un cristal dejaban ver fragmentos de huesos adorados como reliquias.

Al cabo de cinco minutos llegó el sacristan corriendo sin poder respirar, y me abrió el coro : al entrar en él, la primera cosa que me chocó fué una vasta y doble verja por la que se podia penetrar en un grande aposento abovedado y sombrío. Aquella verja es la puerta de comunicacion de la iglesia con el convento de la Visitacion, y como, así como he dicho, da al coro, las religiosas pueden asistir al sacrificio de la misa separadas de los demás fieles y sin estar expuestas á las miradas de los seglares.

Una caja de bronce y de plata colocada sobre el altar encierra los huesos de san Francisco ; el cuerpo está revestido con los ornamentos pontificales ; las manos, modeladas en cera, están cubiertas con guantes, y una de estas manos está adornada con el anillo pontifical : el rostro está oculto bajo una mascarilla de plata. La caja, que vale diez y ocho mil francos, ha sido regalada en 1820 por el conde Francisco de Sales y su mujer la condesa Sofía. Muchos parientes de este santo existen aun en las inmediaciones de Anneci, habiéndose verificado su muerte en 1625.

En una capilla lateral hay otra caja que sirve de sepulcro á santa Chantal, que llaman generalmente y con mas familiaridad que veneracion, la madre Chantal. Su caja es un poco menos rica y menos pesada que la del santo, así es que no vale mas que quince mil francos. La donó á la iglesia la reina María Cristina, esposa de Carlos Félix de Saboya.

Por la tarde estábamos en Ginebra, donde no paramos mas que la noche ; al dia siguiente á las siete nos embarcamos para ir por nuestro hermoso lago azul : al medio dia abrazaba yo en Lausana á mi buen amigo Mr. Pellis, y á la una ya corría hácia Mudon en una de esas carretelas de un solo caballo, tan cómodas y elegantes si se comparan con nuestros fiacres y berlinas.

Este modo de viajar, que es el mas agradable de todos, no puede ponerse en práctica mas que por los caminos reales, porque la fragilidad de la caja no resistiria á los vaivenes en los caminos de travesía. El precio diario del caballo, carruaje y cochero, es diez francos, pero como se debe pagar la misma cantidad por el retorno cuando se vuelve de vacio, es preciso calcular sobre veinte, amen de la *trinkgeld* (1) del cochero que queda á la generosidad del viajero, que suele pagarlo mezquina ó generosamente segun le ha servido bien ó mal el cochero. Esa *trinkgeld* suele comunmente ser de dos francos por dia. Añádanse á esto tres francos por el almuerzo, cuatro por la comida y dos por la cama, y se verá que en veinte y cuatro horas se ha de gastar una suma total de treinta y un francos, que

(1) Agujetas ó propina.

con los gastos imprevistos la hacen subir á treinta y cinco.

Ahora que he dado estos detalles, que es muy importante conocer en un país cuyos habitantes la mitad del año comen de lo que han ganado en la otra mitad, y en donde los posaderos y fondistas consideran á los viajeros como aves de paso á los que cada uno de ellos necesita arrancar una pluma; volvamos á la carretelita que trota por el camino real de Lausana á Morat, y al través de cuyas cortinas de cuero empiezo á divisar á Mudon.

Mudon, el *Musdonian* de los Romanos, no ofrece nada de notable mas que un edificio cuadrado del siglo III y una fuente del XVI, que representa á Moisés con las tablas de la ley en la mano.

Nos detuvimos para comer en Payerna; allí se halla el sepulcro de la reina Berta; ha sido descubierto en una excavacion hecha debajo de la bóveda de la torre de San Miguel que pertenecia á la antigua iglesia abacial, donde se le habia sepultado segun una tradicion popular que indicaba aquel lugar como el de su sepultura. El sarcófago estaba tallado en una piedra arenisca, que habia conservado perfectamente los huesos de la viuda de Rodolfo. El consejo de estado del canton de Vaud, despues de haber examinado el proceso verbal de aquella excavacion, convencido de que aquellos huesos eran realmente los de la reina, muerta en 970, los hizo transportar á la iglesia parroquial, y mandó cubrir el monumento con una lápida de mármol negro, en la que se lee esta inscripcion:

PLE MEMORIÆ
BERTHE

RUD. II BURGUND. MIN. REG. CONJUG. OPT
CUIUS NOMEN IN BENEDICTIONEM
COLUS IN EXEMPLUM.
ECCLESIAS FUNDAVIT, CASTRA MUNIIT,
VIAS APERUIT, AGROS COLEUIT,
PAUPERES ALUIT,
TRANSJURANÆ PATRIÆ
MATER ET DELICE.
POST IX SECUŁA
EJUS SEPULC. UT TRADITUR DETECTUM.
A. R. S. MDCCCXVIII.
BENEFICIOR. ERGA PATRES MEMORES
FILII RITE RESTAURARE.
S. P. Q. VAUDENSIS.

A la piadosa memoria de Berta, la muy buena consorte de Rodolfo II, rey de Borgoña menor, de la cual es bendecido el nombre y sirve de ejemplo la rueca. Fundó iglesias, fortificó castillos, cultivó campos, alimentó los pobres. Madre y delicia de la patria Transjurana, habiéndose encontrado su sepulcro despues de nueve siglos, segun se dice, en el año de gracia MDCCCXVIII, reconocidos á los beneficios de los abuelos, los hijos lo restauraron religiosamente.

El senado y el pueblo vaudés.

Otro monumento hay no menos visitado que el anterior, el cual por su parte expone el fondista á la curiosidad de los viajeros, y es la silla de montar de la reina. Todavía se ve el agujero en donde solia colocar la rueca citada en el epitafio cuando recorria su reino. Además, las tradiciones de aquella época han quedado en la mente de todos como recuerdos

de la edad de oro, y cada vez que se quiere hablar de un siglo afortunado, se dice: *Esto es del tiempo en que hilaba la reina Berta.*

Dos horas despues de haber salido de Payerna entramos en Avenches, que con el nombre de *Aventicum* era la capital de Helvecia en tiempo de los Romanos. Entonces era doble mayor su territorio que ahora. Las barcas del lago Morat atracaban al pié de sus murallas: tenia un circo donde rugian leones y combatian esclavos, baños donde las esclavas del Níger y del Indo trenzaban las perfumadas cabelleras de las damas romanas, y las entretejian con cintas blancas ó encarnadas, y un Capitolio en donde los vencidos daban gracias á los dioses por el triunfo de sus vencedores. Comprometida por una de aquellas revoluciones romanas, parecidas á los terremotos que salen del Vesubio por caminos subterráneos á destruir á Foligno, alcanzáronla las mortales disensiones entre Galba y Vitelio. Ignorando la muerte del primero quiso permanecerle fiel; entonces Albano Cecina, gobernador general de Helvecia, marchó contra ella á la cabeza de una legion que llevaba el nombre de *la Terrible*. Dueño de Aventico creyó coger en un rico romano llamado Julio Alpino, al jefe del partido vencido, y á pesar de los testigos que deponian de la inocencia del anciano, á pesar de los llantos de Julia su hija, consagrada á Vesta, y á quien llamaban la hermosa sacerdotisa, Alpino murió en un suplicio. Julia no pudo sobrevivir á su padre; la erigieron un sepulcro con el epitafio siguiente que consagra aquel amor filial:

JULIA ALPINULA HIC JACET,

INFELICIS PATRIS INFELIX PROLES.
EXORARE PATRIS NECEM NON POTUI:
MALE MORI IN FATIS ILLI ERAT.
VIXI ANNOS XXIII.

*Aquí reposa Julia Alpinula,
hija infeliz de un desgraciado padre.
No pude con mis ruegos evitar su muerte;
era su destino morir de mano airada.
He vivido veinte y tres años.*

La piedra en que se hallaba grabada esta inscripcion ha sido comprada por un inglés.

Entonces fué arruinada *Aventicum*. *Widonissa*, que es la moderna Windich (1) y la antigua capital, no tuvo importancia alguna hasta el momento en que habiéndose retirado á ella Tito Flavio Savino, despues de haber desempeñado en Asia el encargo de intendente receptor de las contribuciones, dejando allí despues de su muerte á su viuda y dos hijos, llegó á ser emperador el menor de los dos. Este era Vespasiano.

Apenas se vió sentado en el trono romano cuando cual piadoso hijo se acordó de la humilde ciudad materna que habia dejado en las montañas de la Helvecia. Volvió un dia á ella sin corona y sin lictores, bajó de su carro á algunos estadios de la poblacion, y por uno de los caminos conocidos desde su infancia, se fué á la casa en que habia nacido, se dió á conocer de las gentes que la habitaban y pidió el cuarto que habia sido el suyo durante quince años, y desde aquel cuarto que le ha-

(1) Pequeña aldea de la Argovia.

bía vistó tan ignorante de su tan grande porvenir, decretó el esplendor de Aventico. Todo se anima de pronto á su poderosa voz. Volvió á levantarse el circo, y resonó de nuevo con los rugidos y lamentos que tenia ya olvidados. Nuevos edificios mas suntuosos aun que los antiguos salieron de las canteras de mármol de Crevola; alzóse mas suntuosamente un templo á Neptuno, y sobre sus columnas toscanas coronadas de un arquitrabe, fueron esculpidos los caballos marinos de Amfitrite y las fabulosas sirenas de Ulises. Despues, en fin, cuando la ciudad volvió á verse hermosa y adornada, y como una coqueta se contempló de nuevo en las azuladas aguas del lago Morat, el emperador la regaló para compeletar su femeníl atavío, un cinturón de murallas, que sacó á gran coste de las canteras de Narde-Nolex (1), y por segunda vez volvió *Aventicum* á ser la capital del país, *gentis caput*, título que conservó hasta el reinado de Constantino Cloro.

En el año 307 de Jesucristo los Germanos se arrojaron sobre la Helvecia y penetraron en *Aventicum*, en donde hicieron un inmenso botín. A los gritos de los habitantes que se llevaban esclavos, acudió el emperador con su ejército, rechazó á los Germanos mas allá del Rhin, edificó sobre las orillas de este rio y de un lago la ciudad de Constanza; erizó de fuertes y soldados la cadena de montañas que rodean la Argovia, para impedir una segunda irrupción. Pero el socorro habia llegado demasiado tarde para *Aventicum*: la ciudad estaba arruinada por la segunda vez, y Ammiano Marcelino que pasó allí en 355, es decir cuarenta y ocho años despues,

(1) Neuchatel.

la encontró desierta. Sus monumentos estaban casi destruidos y derribadas sus murallas.

Así permaneció mutilada y solitaria hasta que en 607 el conde Wilhen de Borgoña edificó su castillo romano sobre los cimientos del Capitolio del emperador Galba.

Poco tiempo despues (en 616) durante la guerra entre Teodorico y Teodoberto, *Aventicum* fué tomada de nuevo; el castillo, que apenas se acababa de construir, demolido, y la ciudad tan completamente arruinada que la comarca tomó el nombre de *Aechtland*, ó país desierto, y lo conservó hasta 1076, época en que Bonnardo, obispo de Lausana, hizo edificar la nueva ciudad con las ruinas de la antigua, y del nombre de *Aventicum* la llamó *Avenches*.

La ciudad moderna conserva aun para el viajero que la pregunta, su historia pasada grabada en páginas de piedra y de mármol. Con el auxilio de una investigación un poco seria se reconoce á cuál de sus dos edades pertenece sus ruinas. El anfiteatro, que se halla edificado sobre un punto elevado á un extremo de la ciudad, conserva aun excavado en sus cimientos el subterráneo donde se encerraban los leones; pertenece evidentemente á la primera época, es decir que se remonta al reinado de Augusto. Un helveciano y un romano esculpidos en el muro del recinto del circo, prueban dándose la mano que fué edificado poco tiempo despues de la pacificación de la Helvecia.

Las dos columnas del templo de Neptuno, que se conservan en pié todavía, son de mármol blanco, datan del reinado de Vespasiano. Esto es todo lo que resta de una especie de bolsa ó academia levan-

tada por la compañía de marineros y á sus expensas, así como lo prueba esta inscripcion grabada en su roto frontispicio :

IN HONOREM DOMUS DIVINÆ
NAUTÆ AVRANII ARAMICI
SCHOLAM DE SUO INSTRUXERUNT,

L. D. D. D.

En la época en que yo visité aquellas columnas, una cigüeña habia establecido su nido sobre la mas alta de las dos, y allí criaba sus cigüeños bajo la proteccion del gobierno vaudés. La multa de setenta francos impuesta á cualquiera que mate uno de aquellos animales, le daba tal confianza, que aunque nos acercamos no hizo el menor movimiento siquiera, y continuó gravemente partiendo en dos pedazos con el pico y las patas á una pobre rana, de que dió un pedazo á cada uno de sus hijos con una equidad enteramente maternal.

Los otros restos antiguos dignos de alguna atencion son una cabeza colosal de Apolo, una cabeza de Júpiter, y un leon de mármol. Estos restos se hallan encerrados en el anfiteatro.

En cuanto á las ánforas, urnas funerarias, estatuas pequeñitas de bronce, y medallas descubiertas en las excavaciones, el viajero las hallará rotuladas con bastante orden y gusto en casa del síndico Toller. Invito además á los aficionados á que ren con atencion una pequeñita estatua que el sencillo magistrado les enseñará bajo el nombre de Paris dando la manzana. Si verdaderamente es un Paris, y si todas las proporciones de aquella figu-

rita son exactas, se explica perfectamente el obstinado amor de Elena. No fué la hermosura el único don que Venus en su reconocimiento, concedió al pastor frigio!

Algunos centenares de pasos fuera de las murallas, y á orillas del camino, á la izquierda hay una casita construida á expensas de la ciudad, donde se conserva un mosaico bastante hermoso, que parece haber sido el fondo de un baño.

Para ver todas estas curiosidades nos bastaron una y media ó dos horas: despues salimos para Morat.

CARLOS EL TEMERARIO.

Morat es célebre en los fastos de la nación suiza por la derrota de Carlos el Temerario, duque de Borgoña. Aquella ciudad habia levantado delante de una de sus puertas, como trofeo en conmemoracion de su victoria, un osario construido con los cráneos y huesos de ocho mil borgoñones. Tres siglos se mantuvo en pié este templo de la muerte, mostrando sobre aquellos huesos emblanquecidos la huella de los terribles mandobles que habian descargado los vencedores, y llevando esta inscripcion triunfal en su frontispicio :

DEO OPT. MAX.
CAROLI INCLITI ET FORTISSIMI
BURGUNDIE DECIS EXERCITUS
MURATUM OBSIDENS AB HELVETHIS
CAESUS HOC SUI MONUMENTUM RELIQUIT.
ANNO MCCCCLXXVI (1)

(1) A Dios, óptimo, máximo. Sitiando á Morat el ejército del muy inclito y muy fuerte Carlos, duque de Borgoña, fué

Un regimiento borgoñon lo destruyó en 1798 cuando la invasion de los Franceses en la Suiza, y para borrar todo vestigio de la afrenta paternal arrojó los huesos en el lago, que vomita algunos á sus orillas cada vez que le agita una tempestad.

En 1822 la república de Friburgo hizo levantar en el sitio en donde habia estado el osario una sencilla columna de piedra cuadrangular de unos treinta piés de altura casi, y que lleva grabada esta inscripcion en el lado que mira al camino :

VICTORIAM
XXII. JUN. MCCCCLXXVI
PATRUM CONCORDIA
PARTAM
NOVO SIGNAT LAPIDE
RESPUBLICA FRIBURG.
MDCCCXXII (1).

Si se quiere abarcar de una ojeada el campo de batalla de Morat, será preciso detenerse cerca de cien pasos de aquel osario; entonces se tendrá en frente á la ciudad construida en anfiteatro sobre las márgenes del lago que le baña los piés: á la derecha las alturas de Gurmels, detrás de las cuales corre el Sarina, á la izquierda el lago de Morat que domina el monte Villq, cubierto todo de viñedos, separándolo del lago de Neufchatel, detrás la aldea de Faoug, y en fin á los piés el terreno mismo en

destruido por los Suizos y dejó este recuerdo de su derrota. Año 1476.

(1). La república de Friburgo consagra con esta nueva lápida la victoria alcanzada en 22 de junio de 1476 por los esfuerzos de sus padres. 1822.

donde pasó el acto mas sangriento de la trilogia fúnebre del duque Carlos, que comenzó en Granson y concluyó en Nancy.

Una derrota habia probado al duque que si habia conservado el sobrenombre del Temerario habia perdido el de Invencible. Habia desde entonces en su blason ducal una mancha que no podia lavarse mas que con sangre: un solo pensamiento, pensamiento de venganza, reemplazaba en él la conviccion de su fuerza; siempre era el mismo su valor, pero no era la misma su confianza. Nadie desconfia de su armadura hasta que falsea. Sin embargo el orgullo de Carlos era arrastrado á su destruccion por la voz de su orgullo y caminaba en la tempestad cual una nave perdida que se estrella en todas las rocas. Habia en seis meses reunido un ejército tan numeroso como el que habia sido destruido; pero los nuevos soldados que lo componian, sacados los unos de Picardia, otros de Borgoña, estos de Flandes, aquellos de Artois, eran extraños los unos á los otros y divididos entre sí. En otro tiempo la constante fortuna del duque los hubiera reunido por una confianza comun; pero llega: los dias adversos comenzaban para él y aquellos hombres marchaban al combate con indisciplina y murmurando.

Por su parte los Suizos, segun costumbre, se habian dispersado inmediatamente despues de la victoria de Granson. Cada cual habia seguido su bandera en su canton, porque habia llegado la estacion del *Alpage*, y las nieves que se derretian llamaban á las montañas á los soldados pastores y sus rebaños.

Cuando en 10 de junio de 1476 el duque de Bor-

goña vino á sentar su campo en la aldea de Faoug, situada hacia la extremidad occidental del lago, la Suiza no tenia para oponerle mas que mil doscientos hombres y por toda muralla de defensa la aldea de Morat. Así desde que Berna, su hermana, supo que el duque de Borgoña se adelantaba con todas sus fuerzas, marcharon mensajeros para todos los cantones, y encendiéronse hogueras en las montañas como señales de guerra, y el grito de *á las armas* resonó por todos los valles.

Adriano de Bubemberg, que mandaba la guarnicion de Morat, vió avanzar aquel ejército treinta veces mas numeroso que el suyo, sin dar señal alguna de temor; reunió á los soldados y habitantes, les expuso la necesidad que iban á tener los unos de los otros, la precision en que estaban de no formar mas que una familia armada á fin de que se ayudasen mutuamente como hermanos, y cuando los vió en estas disposiciones, les dictó el juramento de sepultarse hasta el último, bajo las ruinas de su ciudad. Tres mil voces juraron al mismo tiempo, despues una sola voz juró á su vez imponer la muerte á cualquiera que hablase de rendirse. Esta voz era la de Adriano Bubemberg. Tomadas estas precauciones escribió á los berneses: «El duque de Borgoña está aquí con todo su poder, con sus afeminados Italianos y algunos traidores Alemanes; pero los señores del ayuntamiento, consejeros y ciudadanos de Berna pueden estar sin miedo, no apresurarse y calmar el ánimo de todos los demás confederados. Yo defenderé á Morat.»

Durante este tiempo, el duque cercaba la ciudad con las alas de su ejército, mandadas por el gran

bastardo de Borgoña y por el conde de Romont. El primero se extendía por el camino de Avenelus y de Estavayer, el segundo por el camino de Arberg, el duque formaba el centro, y desde la magnífica habitación de madera que se había hecho construir sobre las alturas de Courgebau, podía apresurar ó contener sus movimientos como un hombre que abre ó cierra los brazos. La ciudad estaba libre solo por una parte: la del lago, cuyas ondas venían á bañar sus muros, y sobre cuya superficie se deslizaban silenciosamente todas las noches lanchas cargadas de hombres, de socorros y municiones de guerra.

En el otro lado del Sarina y detrás del duque, los Suizos no solamente organizaban la defensa, sino también el ataque. Las pequeñas poblaciones de Laupen y de Gumenen habían sido puestas en estado de resistir á un golpe de mano, y Berna protegida por ellas, se había hecho el punto de reunión de los confederados.

Bien vió el duque, que no tenía tiempo que perder; hizo intimar la rendición á la ciudad; y á su negativa, por medio de su comandante, el conde Romont hizo descubrir setenta gruesas bombardas, que al cabo de dos horas habían derribado un lienzo de muralla bastante ancho para dar el asalto. Los borgoñeses viendo desmoronarse la muralla corrieron hácia la ciudad gritando: *Ciudad tomada*; pero sobre la brecha encontraron una segunda muralla más difícil de derribar que la primera, muralla viviente, muralla de hierro, contra la que los once mil hombres del conde de Romont vinieron á estrellarse cinco veces en el espacio de ocho horas. En el primer asalto perecieron setecientos soldados,

y el jefe de la artillería fué muerto de un arcabuzazo.

El duque de Borgoña se volvió cual un jabali herido, y se replegó sobre el Laupen y Gumenen. El choque resonó hasta en Berna, que un instante tuvo gran miedo viéndose amenazada tan de cerca; envió sus banderas con seis mil hombres al socorro de las dos ciudades. Este refuerzo llegó para ver tomar la retirada al duque Carlos.

La cólera del borgoñon había llegado á su colmo. Sitiado él mismo en cierto modo, entre las tres poblaciones que él mismo bloqueaba, pareciase á un león defendiéndose en un triángulo de fuego. Nadie osaba aconsejarle; cuando llamaba á sus capitanes, se le acercaban con miedo, y los que por la noche estaban de centinela en la puerta de su tienda, le oían con terror gritar y romper sus armas.

La artillería tronó sin interrupción durante diez días, agujereando las murallas y arruinando la villa, sin cansar ni un momento la constancia de sus habitantes. Dos asaltos dirigidos por el duque en persona fueron rechazados. El Temerario subió dos veces sobre la brecha, dos veces volvió á bajar de ella. Adriano de Butemberg se hallaba en todas partes y parecía haber hecho pasar su alma al cuerpo de sus soldados: después de haber empleado todo el día en rechazar los furiosos ataques de su enemigo, escribía tranquilo por la noche á sus aliados: « Señores, no os precipiteis y estad tranquilos; mientras tengamos sangre en las venas defenderemos á Morat. »

* Sin embargo, los cantones se habían puesto en camino y se reunían. Ya los hombres del Oberland, de Brienna, de Argovia, de Uri, y de Entlibuch

habian llegado, y á ellos se habia agregado el conde Osvaldo de Thiestein, trayendo á los del pais del archiduque Segismundo. El conde Luis Eptingen se habia acampado bajo las murallas de Berna con el contingente que Estrasburgo se habia comprometido á dar, y que enviaba como aliada de palabra: en fin, el duque Renato de Lorena habia hecho su entrada ya en la ciudad á la cabeza de trescientos caballos, llevando cerca del suyo un oso monstruoso, maravillosamente domesticado, y al que daba á lamer su mano cual si fuese un perro.

Ya no se aguardaba mas que los de Zurich; llegaron el 21 de junio por la tarde. Estaban acompañados de los hombres de Turgovia, de Baden y demás bailiajes libres.

Esto era mas que los confederados esperaban, y asi iluminóse la ciudad de Berna, y se pusieron mesas en las puertas de las casas en obsequio de los recién llegados.

Diéronseles dos horas de descanso, despues por la tarde, todo el ejército confederado se puso en marcha lleno de ánimo y esperanza entonando cada canton su himno de guerra.

Por la mañana asistió el ejército á maitines en Gumenen, y luego recibió la orden de batalla á espalda de la montaña opuesta á la en que habia colocado el duque sus tiendas.

Hans de Hallewyl, noble y valiente caballero de Argovia, mandaba la vanguardia. Berna le habia recibido entre sus ciudadanos para recompensar los altos hechos de armas en que se habia distinguido en los ejércitos del rey de Bohemia y en la última guerra de Hungría contra los Turcos. Tenia á sus órdenes los montañeses del Oberland, del

Entlibuch, antiguos liguros y ochenta voluntarios de Friburgo, que para reconocerse en la pelea habian cortado ramas de tilo, y puéstolas cual penachos en sus cascos y sombreros. Despues de estos venian mandando el cuerpo de batalla Hans Waldman de Zurich y Guillermo Herter, capitán de las tropas de Estrasburgo, á quien se habia dado esta parte de mandó para honrar en su nombre á los fieles aliados que habia traído en socorro de la confederacion. Tenian bajo sus órdenes todos los cantones agrupados en derredor de sus banderas, cada una de las cuales estaba defendida por ochenta hombres escogidos entre los valientes, armados de corazas, de picas y hachas de armas. Por último, Gaspar Hertenstein de Lucerna conducia la retaguardia. Mil hombres colocados á mil pasos á cada costado del ejército, protegian en guerrilla su marcha por entre los bosques que cubrian la pendiente de la cuesta que seguian yendo de Gumenen á Laupen. Todo el ejército de los confederados reunidos podia ser de treinta á cuarenta mil hombres. El duque de Borgoña mandaba casi tambien con poca diferencia igual número de soldados; pero su campo parecia mucho mas considerable á causa de la gran cantidad de mercaderes y mujeres de mala vida que arrastraba en su seguimiento.

El dia anterior habia habido alarma entre aquella muchedumbre. Habia corrido la voz de que los Suizos habian pasado el Sarina. Súpolo el duque con grande alegría, y habíase puesto de repente en movimiento todo su ejército y habia salido al encuentro del enemigo hasta la cresta de la montaña; pero la lluvia que sobrevino obligó á cada cual á volverse á sus cuarteles.

A la mañana siguiente el duque hizo ejecutar el mismo movimiento. Esta vez pudo ver al otro lado de la colina á sus enemigos atrincherados en el bosque. El cielo estaba encapotado y era espesa la lluvia. Los Suizos, entretenidos en armar caballeros, no hacian movimiento alguno. El duque, despues de haber aguardado dos ó tres horas, juzgó perdida la jornada y se retiró á su campamento. Los generales, por su parte, viendo mojada la pólvora, tirantes las cuerdas de los arcos y rendida de cansancio la gente, dieron la señal de retirada. Este era el momento que aguardaban los confederados. Apenas vieron el movimiento que hacia el ejército del duque, cuando Hans de Hallewyl gritó á su vanguardia : — De rodillas, hijos, y oremos á Dios. — Obedecieron todos. Este movimiento fué imitado por los demás cuerpos, y la retaguardia, y la voz de treinta y cuatoo mil hombres orando por su libertad y su patria se elevó hácia Dios.

En aquel instante, fuese casualidad ó proteccion del cielo, rasgóse el velo de nubes que encapotaba el cielo, para dejar paso á un rayo de sol que fué á reflejarse en las armas de aquella muchedumbre arrodillada. Entonces se levantó Hans de Hallewyl, desenvainó su espada, y volviendo la cabeza hácia la parte de donde venia el rayo de luz exclamó : « Valientes, Dios nos envia la claridad de su sol; pensad en vuestras mujeres y en vuestros hijos!... »

Con un solo movimiento se levantó todo el ejército gritando á una sola voz : ¡ Granson ! ¡ Granson ! y rompiendo la marcha llegó con bastante órden sobre la cresta de la colina poco antes ocupada por los soldados del duque. Allí un gran número de perros de montaña que iba delante del ejército tro-

pezó con una porcion de perros de caza que pertenecian á los caballeros borgoñones, y como si aquellos animales hubiesen participado del odio de sus amos, se arrojaron los unos sobre los otros. Los perros de los confederados, acostumbrados á hacer frente á los toros y á los osos, no tuvieron gran trabajo para vencer á sus enemigos, que echaron á correr hácia su campo; esto fue mirado por los confederados como buen agüero. Los Suizos se dividieron en dos cuerpos para intentar dos ataques. Desde la víspera se habian destacado ya mil ó mil doscientos hombres del cuerpo del ejército, y atravesando el Sarina un poco mas arriba de su reunion con el Aar, se habian adelantado observando al conde Romont, á quien debian inquietar, para impedirle por este medio socorrer al duque Carlos. Hallewyl que mandaba uno de aquellos cuerpos, reunido á su vanguardia, y Waldman que tenia el otro, combinaron sus movimientos de modo de atacar los dos al mismo tiempo; y partiendo del mismo punto se abrieron como una V, y se fueron á atacar, Hallewyl la derecha y Waldman la izquierda del campo, defendido en toda su circunvalacion por fosos y atrincheramientos, entre los cuales se veian las ennegrecidas bocas de un gran número de bombardas y de gruesas culebrinas. Aquella linea permaneció muda y sombría hasta el momento en que los confederados se encontraron á medio tiro de cañon. Entonces una faja inflamada pareció formar una cintura en el campamento, y grandes gritos dados por los Suizos anunciaron que la muerte habia destrozado sus filas.

Sobre todo, la tropa de Hallewyl fué la que mas padeció en la primera carga. En seguida corrió á

su auxilio Renato de Lorena con trescientos caballos. En el mismo momento abrióse una puerta del campamento, y una tropa de caballeros borgoñones salió y dió una carga lanza en ristre. Como no estaban mas que á cuatro espacios de lanza los unos de los otros, una bala mató el caballo de Renato de Lorena, que desmontado rodó por el lodo: se le creyó muerto. Entonces le tocó á Hallewyl acudir en su socorro y le salvó. Waldman por su parte se había adelantado hasta las orillas del foso; pero habiase visto obligado á retroceder ante el fuego de la artillería borgoñesa; se fué á rehacer su gente tras de una colina, y volvió de nuevo á atacar al enemigo.

Entonces fué cuando corrieron á decir al duque que los Suizos le atacaban. Creia tan poco semejante audacia, que las primeras descargas no le habían hecho salir de su tienda, pensando que continuaban los suyos haciendo fuego contra la ciudad.

El mensajero que le llevó esta noticia lo halló en su cuarto medio desarmado y sin espada en el costado, y con la cabeza y manos desnudas. No quiso creer al pronto la noticia; pero cuando el mensajero le dijo que él había con sus propios ojos visto á los Suizos que atacaban el campamento, se encolerizó profiriendo furiosas palabras y dándole un puñetazo. En el mismo instante entró un caballero con una herida en la frente y la armadura toda ensangrentada. Vióse entonces Carlos obligado á rendirse á la evidencia. Púsose su casco y sus manoplas, saltó sobre su caballo de batalla que había permanecido ensillado, y cuando le advirtieron que se olvidaba de tomar la espada, enseñó la pesada maza de hierro que colgaba del arzon de la silla,

diciendo que aquella arma era cuanto necesitaba para pegar á semejantes animales. Al decir estas palabras puso á galope su caballo, subió corriendo al punto mas elevado del campo, y desde allí, levantándose sobre los arzones, abarcó con una ojeada el campo de batalla. Apenas hubieron reconocido por la bandera ducal que le seguia el sitio donde se podia hallar, corrieron hácia él el duque de Sommerset, jefe de los Ingleses, y el conde de Marle, hijo mayor del condestable de Saint-Pol, y le preguntaron qué era lo que debian hacer. *Lo que veais que yo haga*, respondió el duque lanzando su caballo hácia un punto que los enemigos acababan de forzar. Era todavía aun Hallewyl que con su vanguardia, rechazado de un flanco no habia cesado de dar vueltas al rededor de los atrinchamientos; encontrando al fin un punto mas débil se habia apoderado de él, y volviendo en seguida los cañones de los enemigos contra los enemigos mismos, metrallaba casi á boca de jarro á los borgoñones con su propia artillería. Hácia aquel punto se dirigia el duque, y esta accion se verificaba por el punto por donde pasa hoy el camino de Friburgo.

Carlos cayó como un rayo en medio de la pelea; su arma era el arma del carnicero, pues á cuantos daba, caian rodando á sus piés por el suelo cual toros bajo una maza. El combate acababa de restablecerse con cierta apariencia de fortuna para el duque, cuando en el extremo derecho se oyeron muchos gritos y un gran tumulto. Mertenstein y su retaguardia, habiendo continuado el movimiento circular indicado al ejército suizo para su plan de batalla, habia logrado dar ya la vuelta al campo enemigo, y le atacaba por el mismo sitio en que se

reunia con el lago. Defendia este punto el gran bastardo; hizo frente valerosamente al asalto, y tal vez lo hubiese rechazado si no se hubiese introducido un gran desórden en sus tropas.

Adriano de Bubenberg habia salido de la ciudad con dos mil hombres y acababa de cogérle entre dos fuegos.

Sin embargo, el duque Carlos no habia podido recobrar la artillería que se hallaba en manos de los Suizos; á cada descarga se llevaban estas filas enteras; pero los que estaban con él eran la flor del ejército, y nadie pensaba en retroceder. Eran los arqueros de á caballo, los hombres de armas de su casa y los Ingleses; tal vez habrian aun permanecido firmes mucho más tiempo, si el duque Renato que se habia reforzado, no se hubiese presentado escoltado de los condes de Eptingen, de Thierstein y de Gruyère á arrojarle con sus trescientos caballos en medio de aquella carnicería. El duque de Sommerset y el conde de Marle cayeron al primer choque. La bandera del duque era de la que queria apoderarse Renato, su enemigo capital: tres veces lanzó su caballo tan cerca de ella que no tenia mas que alargar la mano para cogerla, y tres veces se encontró entre ella y él un nuevo caballero que le fué preciso matar: al fin logró alcanzar á Jacobo de Maes que la llevaba, mató su caballo, y mientras que el jinete se hallaba cogido debajo del moribundo animal, y en lugar de defenderse, este estrechaba contra su pecho la bandera de su señor, Renato logró encontrar con la punta de su espada de dos manos una coyuntura de la armadura, y dejándose caer con todo su peso sobre el puño de la espada clavó en el suelo á su enemigo. Durante

este tiempo un hombre de la comitiva, deslizándose por entre las piernas del caballo, arrancaba de las manos de Jacobo Maes la bandera que el leal caballero no soltó hasta despues de espirar.

Desde entonces fué como en Granson, no una retirada, sino una derrota; porque Waldman, vencedor tambien en el punto que habia atacado, vino aun á aumentar el desórden. El duque Carlos y los soldados que le quedaban estaban cercados por todas partes: el conde Remont, molesto por los que se habian destacado contra él, ignorando además lo que sucedia á su espalda, no podia acudir á des- embarazarle. No quedaba ya mas que una esperanza, abrir brecha en aquella muralla viviente, cuyo espesor no podia calcularse, y despues de llegar al otro lado, huir á todo escape hácia Lausana. Rodearon, pues, á su duque diez y seis caballeros, y enristrando las lanzas atravesaron con él por todo el ejército confederado. Cuatro cayeron en el camino: fueron los señores de Grimberges, de Rosimbos, de Mailly y de Montaigu. Los doce que permanecian firmes en sus sillas, lograron llegar á Morges con su señor, haciendo en dos horas una carrera de doce leguas. Esto era cuanto le quedaba al Temerario de su rico y poderoso ejército.

En el momento en que el duque cesó de resistir nada mas acaeciò ya. Los confederados recorrieron el campo de batalla hiriendo á cuantos quedaban en pié y acabando de matar á los que habian caido: no se dió cuartel mas que á las mujeres; los borgoñeses que intentaron escaparse por el lago fueron perseguidos por medio de barcas. El agua estaba cargada de cadáveres y enrojecida con la sangre, y durante mucho tiempo, los pescadores, al sacar

sus redes, recogieron fragmentos de armadura y trozos de espada.

El campamento del duque de Borgoña y todo lo que contenía cayó en poder de los Suizos. Los vencedores regalaron al duque Renato en testimonio de admiración por su valor durante la jornada, la tienda de Carlos con las colgaduras, tapices y armas preciosas que se encerraban en ella. La artillería se dividió entre los confederados que habían enviado tropas, y cada cantón que había enviado gente obtuvo algunas piezas como trofeos de la batalla. Morat tuvo doce. Yo visité el lugar donde se conservan estos antiguos recuerdos de aquella gran derrota. Estos cañones no están fundidos de una pieza, están compuestos de varios anillos entrantes y salientes soldados unos con otros, modo de fabricación que debía quitarles mucho de su solidez.

En 1828 ó 29, Morat pidió cañones á Friburgo para celebrar estrepitosamente la fiesta de la confederación. La metrópoli del cantón, no sé por qué causa, no accedió á esta demanda, los jóvenes se acordaron de los cañones del duque de Borgoña y los sacaron del arsenal donde dormían hacia ya cuatro siglos, les pareció digno de ellos el celebrar el aniversario de su nuevo pacto de libertad con los trofeos de la victoria que debían á la confederación antigua. Los arrastraron con grande algazara á la explanada que está á la izquierda del camino al entrar en la ciudad; pero á los primeros disparos una bombarda y una culebrina se reventaron, y cinco ó seis personas de las que servían estas dos piezas fueron muertos ó heridos.

FRIBURGO.

En Morat no nos detuvimos mas que dos horas: este tiempo bastaba además para visitar lo que la ciudad ofrece de curioso. Sobre las tres de la tarde volvíme á subir en nuestro carruaje y nos pusimos en camino para Friburgo. Al cabo de media hora de camino por una llanura llegamos al pié de una colina que nos invitó á subir á pié nuestro cochero, con pretexto de hacernos admirar el punto de vista, pero según yo creo, para que no se cansase mucho su caballo. Yo, ordinariamente, siempre me dejaba engañar con estas supercherías, sin dar á entender que las adivinaba. Y si no hubiese sido por mis compañeros de viaje, hubiera hecho todo el camino á pié. Esta vez á lo menos la invitación del cochero no carecía de un motivo plausible. La vista que abraza todo el campo de batalla, la ciudad y los dos lagos de Morat y Neuchatel es magnífica; el punto mismo en que nos encontrábamos era en donde había hecho alzar su tienda el duque de Borgoña. Media hora de camino nos llevó después á la cresta